



PROFESOR, POMPILIO MARTINEZ

† Octubre, 29 de 1937.

REVISTA DE LA FACULTAD DE MEDICINA

Director, Profesor JORGE E. CAVELIER

VOL. VI

Bogotá, diciembre de 1937.

N.º 6

LA DESAPARICION DEL PROFESOR POMPILIO MARTINEZ

Discursos pronunciados en el Cementerio de Bogotá.

PALABRAS DEL PROFESOR JUAN N. CORPAS

Ante este dolor que ahora nos acerca, las palabras no encuentran expresión veraz, ni la emoción que a todos nos embarga deja medir en lo que alcanza este golpe que arrebató a la patria, a la ciencia y al afecto la figura luminosa y firme del maestro de la cirugía en Colombia, profesor excelso, ejemplo de virtudes, que fue en grado sumo el doctor Pompilio Martínez.

El discípulo quisiera, en amoroso recogimiento, elevar la ofrenda elocuente de su silencio ante la memoria de su maestro inolvidable; entrar en honda meditación dentro de su propio espíritu y acercarse, emocionado y mudo, a ese fanal de ciencia y de virtud, de caridad y de patriotismo, que eran los relieves de la figura prestante del sabio y del amigo que fue el doctor Martínez; pero quiere la Facultad de Medicina de Bogotá, por delegación de su decano y del consejo directivo hacer oír por mis palabras su voz emocionada, y rendir, en este sitio y a esta hora, la ofrenda de su admiración, de su gratitud y de su respeto a la memoria de quien fue por largos años guía segura en su ascendente marcha, guardián celoso de sus prerrogativas y sus fueros, consejero experto en los momentos de dificultad y de lucha y en toda hora, hijo dilecto y orgullo grande de esa madre fecunda que ha dado a Colombia, infundiéndoles, su propia alma, varones de tan precisa formación como el profesor Martínez.

No cabe en los estrechos límites que imponen el momento y la ocasión, hacer el elogio de la vida fecunda del maestro; en esta hora, cuan-

do la noticia de la desaparición del profesor nos conturba en grado tan excelso, el espíritu no puede ocuparse en el análisis sereno que de la obra del doctor Martínez habrá de hacerse en el seno de academias e institutos y el sentimiento sólo en manifestación emocionada, viene ante este sitio a depositar un tributo de admiración y de dolor. Ahora, cuando en nuestra mente sólo cabe la sorpresa y cuando tendemos las miradas del espíritu para evocar la memoria del maestro, apenas contemplamos los puntos de relieve en la vida del que formó con su ciencia y con su ejemplo las generaciones médicas de Colombia en los últimos treinta años. Destacamos, para orgullo de nuestro arte, las excelsas prendas que lo enaltecieron como primer cirujano de Colombia; comprendemos, para ejemplo que mueva las voluntades, el conjunto de sus altas virtudes, que resplandecieron en el santuario de su vida privada y en el movimiento continuo de su actividad ciudadana; nos inclinamos respetuosos ante la caridad, constante y silenciosa, que era impulso en este apóstol del bien y que lo situaba como en centro propio, donde quiera que encontrara una pena qué curar o un dolor para aliviar.

Grandemente meritorias fueron la vida y la obra del profesor Martínez; dotado de cualidades excepcionales, consagró desde temprano en su vida, su constancia y su actividad al estudio y a la práctica de la cirugía; fue en este campo el artista genial y afortunado que con espíritu sereno y con segura mano más adentro penetró en la complejidad misma de la vida humana y en el misterio de la función biológica; no hubo para él dominio orgánico donde sus peritas manos no intervinieran ni técnica operatoria que no le fuera familiar y ora fuera en el laboratorio quirúrgico de su servicio de hospital o en la sala de trabajo de su clínica privada, sus intervenciones de cirugía eran como un bautismo de vida que devolvía energías nuevas a la actividad ciudadana; seguridad en el desarrollo de la operación, rapidez y viveza en la ejecución y elegancia, hasta lo artístico, en los detalles todos del acto quirúrgico, fueron cualidades que poseyó en grado perfecto el profesor Martínez.

Y si como cirujano escribió en Colombia su nombre en página de honor en los anales de la ciencia, como clínico deja el profesor Martínez memoria imborrable de su visión certera y de sus conocimientos profundos; era ocasión para atesorar doctrina, oírlo en las inolvidables mañanas de hospital, a la hora de la visita en su clínica, disertar con el conocimiento más perfecto sobre los complicados problemas de la patología quirúrgica, penetrar en las profundidades del diagnóstico diferencial con la seguridad que sólo su ilustración y su experiencia podrían fundamentar, descubrir, con su mirada escrutadora, el signo revelador que lo llevaba por caminos de seguridad al diagnóstico positivo, precisar su concepto en relación con el desarrollo de la enfermedad considerada y determinar sobre las bases fundamentales de su larga experiencia, la línea de conducta que hubiera de seguirse o la indicación quirúrgica apropiada; cada mañana a un acierto se agregaba un éxito, a un triunfo se su-

maba otro y difundida por discípulos y admiradores, por enfermos que renacían a la alegría de la vida o por pacientes que curaban intermediendo su mano milagrosa, la fama del maestro se difundía hasta los confines nacionales, traspasándolos a distantes lugares, donde su nombre era conocido y pronunciado con gratitud y con respeto.

Excelsas cualidades mostró el doctor Martínez en su larga carrera en el profesorado de la Facultad de Medicina; desde su cátedra, cada día llegaban a sus alumnos los tesoros de su ciencia y de su experiencia; y si por este aspecto fue modelo inimitable de profesores ante los numerosos alumnos que hoy lo recuerdan agradecidos en la vasta extensión del territorio nacional, como ejemplo de vida immaculada, como consejero en los variados problemas que la juventud confiaba a su prudencia y a su talento, mereció con justicia que se le llamara Maestro y que quienes lo seguían, llamándose sus discípulos, se reunieran en escuela que llevara su nombre y se reconocieran entre sí por los rasgos espirituales que en ellos infundiera su Maestro, el profesor Martínez.

No hay en nuestra Facultad de Medicina rasgo alguno de su fisonomía propia que no recibiera de la mente constructora o de la mano segura del profesor Martínez orientación o impulso; desde su elevado cargo de director en el consejo, que desempeñó por largos años y como rector de la Facultad en dos fecundos períodos para la vida de la misma, el profesor Martínez imprimió a los estudios médicos rumbo y orientaciones nuevas; la educación profesional, bajo su dirección prudente y segura, buscó caminos en la ciencia médica para ofrecer a la juventud, con las más sabias lecciones de los maestros, la realización de investigaciones y de comprobaciones en anfiteatros y laboratorios; hallando para sus concepciones, en relación con el porvenir de la Facultad, estrecho el escenario del viejo local de Santa Inés, el profesor Martínez concibió la construcción del actual edificio que se levanta en el Parque de los Mártires; con empeño de apóstol y aprovechando para su objeto cuantos medios estuvieron a su alcance, obtuvo del gobierno nacional el terreno necesario y los dineros suficientes para empezar y adelantar la construcción de la actual Facultad de Medicina, que se levanta ahora magnífica y que guardará para siempre el recuerdo del profesor Martínez, que la cimentó con su nombre y la levantó con su empeño.

La vida del maestro desaparecido ofrece a la consideración y al respeto ciudadanos rasgos precisos de su fisonomía espiritual; los que en hora de fortuna tuvimos el orgullo de recibir sus enseñanzas y aleccionarnos con su ejemplo, guardaremos en el relicario de los más puros sentimientos el recuerdo del maestro y del amigo; los que recibieron en lo más íntimo de su ser el consuelo de su mano constructora, bendecirán la memoria de este mago de su arte; la Facultad de Medicina, templo augusto en donde oficiaba este apóstol de la caridad y de la ciencia, inscribirá su nombre en el panteón de sus más puras glorias y la patria, ese amor que ardía en el corazón del profesor Martínez, enaltecerá hasta

el relieve la figura del varón excelso que marca con su vida, de brillo inconfundible y propio, una etapa de la cirugía en Colombia.

Mientras que con mudo recogimiento permanecemos en silencio ante el último sueño del maestro y entregamos sus despojos como depósito sagrado al seno fecundo de la madre común, su espíritu inmortal sube a ese cielo en que él confiaba y se abre a una nueva luz de ciencia y de caridad, anhelos permanentes de la vida del profesor Martínez.

DISCURSO DEL PROFESOR JORGE BEJARANO

Si las eminentes personalidades que llevan hoy la rectoría de la Academia de Medicina y de la Universidad, no me hubiesen investido del altísimo honor de llevar en su nombre la palabra en los momentos en que devolvemos al misterio y al silencio de la tierra al más auténtico de nuestros maestros y al más ilustre hijo de nuestra democracia, es seguro que en otro sitio distinto yo habría dicho la admiración y la veneración que tuve por este maestro, en el que se dieron cita las más grandes virtudes ciudadanas y las más excelsas cualidades del hombre de ciencia.

El profesor Pompilio Martínez alrededor de cuyos despojos nos congregamos hoy sus discípulos y sus amigos, presenta múltiples facetas en su vida de sabio y de investigador, que bien valen la pena de acen-tuar su virtualidad para estímulo y pretéritas y futuras generaciones. Escribir, meditar y decir el elogio de los hombres ilustres, ha sido siempre labor que enaltece a sus autores; pero si, a más del hombre ilustre en el elogio se congregan el amigo y el maestro, entonces aquel escribir meditar y decir, será para nosotros un dulce e inefable placer espiritual que nos permite imaginar que realmente las virtudes que exaltamos no se han ido de nuestro lado, sino que ellas viven todavía y alientan la existencia del maestro ausente.

Todos los que conocieron al profesor Pompilio Martínez siguieron desde hace tres años con solicitud angustiada los momentos de su vida ya herida por la enfermedad. Todos sabíamos que ella vencería al fin este cerebro privilegiado, este corazón todo bondad, esta mano serena que tantas veces arrancó a la muerte muchas vidas y que ella sabía cómo él no era su cortejador, sino su más invencible enemigo. Y, sin embargo, todos estamos aquí atónitos y confundidos ante el drama ineluctable que nos dice que el maestro ya no vive y que su recuerdo sobrevivirá sí en el espacio y el tiempo porque en él se conciliaron las más insuperadas virtudes.

Dentro de la vida modesta, fue esta su nota más excelsa del profesor Pompilio Martínez, hay elementos más que suficientes para hacer

una biografía de los más recios perfiles. Surgido a la vida dentro del marco apacible y pintoresco de una bella aldea, dijérase que todo su ser se impregnó de aquella placidez y de esa dulzura que rodea sus verdes campiñas. Así lo fue siempre y nunca tuvo orgullos en su gloriosa vida que le hicieran olvidar el caro suelo donde pasó su infancia. Fue un sabio vernáculo que nunca quiso para su extensa fama, que ni su vida entera ni sus últimos momentos corrieran fuera de los marcados límites donde vivió su infancia. Las campanas de la aldea, el pueblo entero, llorarán por muchos días la pérdida del hijo ilustre que supo enaltecer su patria.

Yo no sé, señores, qué aspecto de la vida del maestro merezca más en estos momentos un más cálido y memorable elogio. Sus discípulos no podemos olvidar sus lecciones maravillosas, ni su bisturí milagroso que muchas veces vimos llegar hasta el cerebro o el corazón palpitante. Menos tampoco esa mano que palpaba y que no podría decirse que tocaba sino que visualizaba los órganos lejanos y profundos que esconde la armazón humana. Memorias serán siempre sus enseñanzas y memoriosos también los diagnósticos certeros y precisos que a todos confundían.

La admiración de sus discípulos no era acaso sino el eco de su fama fuera de los dominios del hospital. Acá su nombre era una mística y de un extremo a otro de la república los enfermos acudían, donde él en constante romería. Llenó toda una época de la clínica y de la cirugía en Colombia, y centenares de enfermos pronuncian hoy con gratitud el nombre de este mago de la clínica y del bisturí. El secreto todo de este inmenso dominio, de este poder científico del profesor Martínez, debióse sin duda alguna al hecho excepcional de que al cirujano se sumó el consumado clínico. No supo él de la mecánica de las especializaciones que roba hoy ingenio y ciencia a los modernos cirujanos. Conocía todos los arcanos de la patología y por esto su dominio absoluto, su precisión operatoria y su triunfo rotundo. Los discípulos que se formaron en su escuela de pulcritud moral y de constante estudio, continúan hoy prolongando las victorias de su enseñanza quirúrgica que nunca cedió la clínica a las tentaciones de lo mecánico ni de lo especulativo.

Pero en el profesor Martínez sus cualidades eximias de clínico y de cirujano no fueron las únicas que lo impusieron al respeto de sus discípulos y de sus colegas. Fue también y sobre todo, porque era el representante genuino de una ética profesional que lo llevó sin duda a la alta cima que ocupó en el país. El profesor Martínez no sólo se hizo respetable en el ejercicio de su profesión, sino que él aureoló con su honorabilidad la cirugía y la clínica que fueron su pasión.

Su sobresaliente personalidad, que desbordó los cauces de su ingénita modestia, lo llevaron contra su querer a sitios y honores que él no buscaba, pero que se le obligaba a aceptar. Los destinos de la Facultad de Medicina fueron suyos y suyos también los de todas las corporacio-

nes científicas que ilustró con su ciencia. Nuestra Academia de Medicina y la Sociedad de Cirugía oyeron muchas veces con supremo interés las científicas disertaciones de quien fue su presidente para orgullo de su historia. Los sillones que ahí ocupó, quedan huérfanos de su ciencia y de su personalidad en espera del discípulo que prolongue su dilatada fama y su perenne memoria.

Pero dejemos al hombre de ciencia para invocar ahora al ciudadano y al hombre de hogar. Quizás en el misterio de atracción de los seres, se explique cómo el profesor Pompilio Martínez se detuvo un día ante el pórtico de la casa de otro colombiano ilustre, que en la abstracción de las matemáticas y en la formación de discípulos, vivió su vida serena y elevada. Ahí en su hogar, que quizás contribuyó a acabar de modelar su personalidad, encontró a la que fue luz y alegría de sus futuros días y con la que formó, en la sublimidad del amor un hogar, orgullo y espejo de nuestras virtudes familiares. Se ufanó su compañera de lo que valía su esposo, y yo sé cómo el amor era ahí como una lámpara votiva prendida en el inextinguible combustible de la admiración y del respeto.

Sus virtudes ciudadanas, reflejo fueron de su formación universitaria y de su culto por la patria. Envidiable es morir y llevar aun cuando sea este título con más derechos, con más auténtica propiedad de los que puedan grabarse en el escudo de su vida fecunda y nobilísima.

Congregarnos así y en estos sitios, universitarios y simples ciudadanos; congregarnos en una democracia en estos ritos fúnebres, es acaso obedecer a uno de los inconscientes y poderosos esfuerzos de la naturaleza social—porque hay una naturaleza social que debe perdurar—para mantener en nosotros vivo y perenne este sentido y este culto del pasado y del presente, sin el cual no hay patria. “Terra Patrum”, significa así, la tierra hecha por aquellos de los cuales salimos y a los cuales debemos continuar. El instinto por el cual nos unimos espontáneamente y cada vez más a menudo para conmemorar nuestros muertos ilustres, puede considerarse como una reacción saludable contra este espíritu de las democracias modernas que en su soberanía total reniegan del pasado o rompen la tradición tan necesaria a la continuación en el esfuerzo común y a la transmisión de los hechos adquiridos. Pascal escribía en una frase famosa que “la humanidad debe ser considerada como un mismo hombre que subsiste siempre y que enseña continuamente”. Pompilio Martínez fue así la perennidad de todos aquellos varones ilustres que fundaron la república y que llenaron los anales de nuestra Universidad.

Expresamente he dejado para el final de esta síntesis de una vida que honra nuestra Universidad y nuestra patria, hablar de su más grande y excelsa virtud, que lo fue la bondad. Voltaire decía que la más alta expresión de la grandeza humana, el mayor de nuestros privilegios del carácter, era la fortaleza. La tuvo en grado máximo este ilustre varón; pero en él sobresalió sin límites la bondad integral, bondad que

iluminó toda una existencia, que esparció por la vida beneficios sin fin, bondad que en nuestras horas se transformó en una gran fuerza de equilibrio social, en un poderoso factor, en un elemento preponderante de formación espiritual de numerosos discípulos, bondad que se elevó por encima de la tierra y que fue en él como una dádiva de los dioses que guiaron su destino.

Maestro: Tus discípulos y tus amigos están aquí reverentes y silenciosos en homenaje a tu bondad y a tu ciencia!

PALABRAS DEL PROFESOR, EDMUNDO RICO

El comité nacional de la Federación Médica Colombiana ha tenido a bien nombrarme como su vocero para esbozar, en este día irreparablemente luctuoso para la patria, el elogio de quien fue el Alma Máter de nuestra cirugía.

No es entre las reviviscencias de la colonial Santa Inés—ya diluída para siempre por la materialización americanizada y mercantilizada de la arquitectura moderna— en donde quiero evocar la iniciación científica del profesor Pompilio Martínez. Prefiero transportarme hasta aquella orilla izquierda del Sena, en donde él almacenara—aun cuando en un principio no lo comprendiese así—dentro de la savia temperamental de los arcanos psíquicos, la vocación latente de sus virtudes quirúrgicas. Allí, en ese confuso estremecimiento del Barrio Latino que ondula desde el Jardín de Plantas hasta Montparnasse, Pompilio Martínez quedó saturado por el germen substancial de la eximia cirugía francesa.

Y, sin embargo, ni en Francia ni en Alemania estudió cirugía. Bastóle una visión de conjunto, un leve contacto con los grandes ases de la cuchilla orgánica, para pactar, inconscientemente consigo mismo, la más airosa realidad humanitaria habida luego en Colombia.

De regreso del Viejo Mundo, el doctor Martínez venía especializado en afecciones de los ojos, de la nariz y de la garganta, así como en enfermedades de los niños. Curiosas antinomias las de esta vida, señores médicos: qué lejos estaba entonces del bisturí!

La guerra civil del 99 alcanzaba por entonces entre nosotros su máxima efervescencia. De estas hecatombes—así sean intestinas o internacionales—hecatombes que no desaparecerán nunca de la tierra porque el instinto combativo-defensivo de los hombres jamás dejará de ser en el mundo un instinto biológico, surgen, en veces, los grandes predestinados de la ciencia y particularmente de la medicina. Así aconteció con Pompilio Martínez. Ya se aprestaba al ejercicio monótono de sus especialidades oculísticas y pediátricas en alguna población de nuestra nostálgica Sabana, cuando la casualidad que, tampoco es casualidad sino de-

terminismo, obligó al doctor Julio Escobar — quien desempeñaba con todo lucimiento el papel de cirujano en el Hospital de San Juan de Dios — a dejar esta capital.

En su reemplazo quedaba el doctor Martínez. A partir de fecha tan memorable para la cirugía colombiana, este hombre tímido y taciturno, vióse obligado, de manera imprevista y sin otra preparación que la escondida en las fuerzas subterráneas de su inconsciente, a operar y más operar; a operar sin tregua y, lo que era más grave todavía: a improvisar. A operar e improvisar porque la carnicería fratricida, por una parte, y el lastre biológico, por la otra, no permitían el estudio holgado del tecnicismo quirúrgico, sino el vaivén insomne y crepitante de la práctica.

A todas éstas, el entonces ministro de instrucción pública, en alguna crisis de paroxismo místico, promulgó cierto decreto por el cual se obligaba a los profesores de la Universidad a jurar pública sumisión de fe católica, nada menos que bajo las cúpulas ceñudamente desvencijadas de la capilla del Sagrario.

Pompilio Martínez—sin mengua de su catolicidad ni de su conservatismo raciales—prefirió renunciar a su clínica quirúrgica, antes que someterse a la innecesaria humillación, impuesta por el dictatorial ministro, gran señor castellano y príncipe de las letras latinas.

Empero, como las facultades se quedaran casi vacías, no tardó en llamarse nuevamente a los antiguos catedráticos. Lentamente — con la lentitud segura de los hechos consumados—la fama de Pompilio Martínez como cirujano empezó a dilatarse y, mientras que en los campos de combate, unos obtenían triunfos y otros reveses, dentro del hospital o en su clientela civil, el doctor Martínez ganaba seguidas batallas en esos otros campos—modelos de abnegación y de fraternidad humanas—que son los campos operatorios.

Y vino la paz portando con ella la mejor de sus primicias, el más atrayente de sus gajes: a Pompilio Martínez, como precursor, fundador e impulsador infatigable de la cirugía colombiana. Vinieron treinta años de enseñanza, seis generaciones médicas, agrupadas airoosamente como seis radiaciones de sabiduría, en torno a este varón austero, cuya mano genial inmoviliza ahora, por primera vez, la ley serena de la muerte.

El profesor Pompilio Martínez imprimió lustre, honor y estabilidad legendarias, a su clínica quirúrgica del hospital de San Juan de Dios. La interpretación sintomática y, sobre todo, la complejidad de los diagnósticos diferenciales, constituían, a no dudarlo, el alma de sus conferencias. El “tic”, el famoso tic peculiarísimo e intermitente de su vocalización, especie de quejido nasal, venía a ser, entre sus labios, a más de la pausa para ordenar ideas, algo así como un excitante neuro-motor de primera fuerza, para plantear y resolver magistralmente los más arduos problemas médico-quirúrgicos.

Ante las mesas de cirugía y frente a un abdomen abierto de par en par, en cuyo fondo sollozante los órganos maltrechos, a veces sólo muestran las ruinas de los que en otro tiempo fueran grandes edificios funcionales, el profesor Martínez dio siempre la impresión de ser todo un restaurador de la vida.

Parodiando el viejo axioma clínico, de que "no hay enfermedades sino enfermos", cabe decir aquí que, para el doctor Martínez, no había operaciones sino operados. Por eso, en sus intervenciones descollaba cierto desorden técnico, mas no por ello menos genial. De ahí que, únicamente en algunas veces, siguiera una pauta precisa; que en otras, diera rienda suelta a la inspiración cerebral y, que en la mayoría, despreciara la coyunda automática de los clásicos. Esto se llama ser cirujano.

Por raro privilegio de su inteligencia, el profesor Martínez no sólo era cirujano sino clínico de estilizada raigambre. Y, en esta portentosa dualidad médica, estribó el éxito de sus intervenciones quirúrgicas. Como ya lo dije alguna vez sus dedos, sus ágiles, sus dúctiles dedos de finísimo tacto, eran a modo de linternas mágicas, especie de suplementos suprasensibles en íntima liga luminosa con su visión normal, porque cuando el doctor Martínez palpaba un órgano enfermo, en realidad no hacía otra cosa sino mirar con sus yemas dérmicas lo que apenas sería posible ver con el auxilio riguroso de los dos ojos.

Era así, en esta forma consciente y científica como el profesor Martínez interiorizábase luego en la operación, a la manera del buzo que, una vez respaldado por seguras dosis de oxígeno, desciende confiado y tranquilo hasta la profundidad misteriosa de las aguas marinas.

Y, todo esto, enhebrado en la bondad penetrante de su carácter suavísimo. En bella exégesis, aparecida en "El Tiempo" de esta mañana, nos dice Luis Eduardo Nieto Caballero que el doctor Martínez "conocía algo que valía tanto como su saber, o más, y era el arte de inspirar confianza, de convencer al paciente de que la salvación estaba en sus manos, de hacerlo subir a la mesa de operaciones con la certidumbre de que al pasar el efecto de la anestesia ya estaría experimentando la sensación del milagro. Todo por irradiación, sin palabras. Tan grande como su ciencia era su modestia. De nada se vanagloriaba, nada anunciaba con timbales, nada lo hacía desviar de lo que era en él, más que confianza en su técnica, confianza en Dios, disposición a acatar sus designios secretos con todas las fuerzas de su alma religiosa".

Interminable me haría si pretendiera hacer, siquiera someramente, el balance aproximado de las existencias salvadas por el profesor Pompilio Martínez. Baste con decir que un crecido porcentaje de los que aquí estamos rindiéndole—no el postrer honor sino la última despedida al sabio—llevamos en nuestras carnes y, a modo de agradecidas válvulas de seguridad—las cicatrices quirúrgicas por donde Pompilio Martínez extrajo, entre el brillo cárdeno de su bisturí, las lesiones letales que estaban minando la abatida fragilidad de nuestras existencias.

Y pagó con la suya su desconcertante, su ansiosa, su movida trayectoria de cirujano. Porque la cirugía está ligada con el mordiente implacable, así de la angustia física como de la angustia moral. El verdugo inmisericorde del cirujano (hablo del operador honrado) se sintetiza a todas horas y en todos los instantes en el terrible instinto de la responsabilidad. Y esta responsabilidad, agudizada con el ingrato correr de los años, no descansa y hiere irónicamente el aparato circulatorio de los que a diario la rinden culto. Pompilio Martínez amó la cirugía con fervor, con dignidad y con verdadera embriaguez espiritual. En él, como en pocos, palpitaba el alma del cirujano; quizás nadie, como él, vivió y sintió en la práctica estas punzantes palabras del ginecólogo Jean Louis Faure: "Vida pasional y agitada la nuestra que nos impide gustar un solo instante de absoluta quietud moral. Es cierto que tiene horas soberbias y horas trágicas, horas de triunfo y de esplendidez, pero también es verdadero que a todo esto van mezcladas horas de amargura y de inconsolable desolación".

"Y, sin embargo, la amamos, a pesar de sus fatigas, de sus emociones y de sus angustias. La amamos, porque la cirugía es bella, porque es grande y porque es noble. Porque, si para quienes la sirven es fuente de emociones violentas, a menudo terribles, es, asimismo, manantial de satisfacciones profundas y de nobles anhelos. La amamos, por ser infinitamente variada, siempre nueva y siempre renaciente. La amamos, como el marino ama el océano que lo fascina, que lo arrulla y que lo devora; como el viajero ama el desierto infinito, los montes inaccesibles y los bosques profundos, en cuyas encrucijadas se pierde, en las que sufre y en las que muere, la amamos, en fin, como el soldado ama la guerra y la batalla, con sus terrores y sus hechizos, con sus triunfos y con sus catástrofes".

Tal aconteció con el profesor Pompilio Martínez, con este gran navegador de las emociones que supo—como ninguno—ocultarlas exteriormente, pero que, a la postre, cayó aniquilado por esa cuchilla afectiva que es la sensibilidad reprimida, por esa cuchilla que, aun cuando no perdona, honra a quienes la sirven, y exalta, glorifica y prolonga en el futuro a quien—como a este vencedor al fin vencido por el deber—sacrificó su paz interior en aras de una colectividad que tuvo la fortuna de contarle como su más preclaro exponente de selección.

